

**Discurso central de la ceremonia
de graduación del día
9 de junio de 1995**

**PROF. IVÁN HURTADO HIDALGO
DIRECTOR ESCUELA DE INGENIERÍA MECÁNICA
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER**

Señor Rector, Honorables Miembros del Consejo Académico,

Señoras y señores:

Estamos nuevamente reunidos para llevar a cabo este ritual académico que nos permite recapitular, así sea por unos breves instantes, un pasaje también breve pero intenso de nuestras vidas; me refiero al paso por las aulas universitarias, escenario de la imaginación y la utopía, tránsito que para casi todos los que hemos tenido el privilegio de experimentarlo, encarna quizá el capítulo más valioso y, por lo mismo, el más indeleble en el registro de nuestra memoria.

Se me ha pedido elaborar esta oración de grado y he aceptado hacerlo como un nuevo reto en mi ya prolongada permanencia en estos claustros, a los que me vinculé desde los tiempos lejanos de mi adolescencia. Y digo: reto, porque para quién ha dedicado casi la totalidad de su vida productiva a escrutar los laberintos de la ciencia positiva y del saber racionalizado no resulta fácil elaborar en buen castellano las que se espera sean unas frases que transmiten emoción. Más difícil es el reto, si se tiene en cuenta que los tiempos que corren, en su marcha vertiginosa, apenas si dejan espacio para gozar de las maravillas de la vida, de la poesía, del paisaje, de la música y hasta del amor mismo.

Y es que vivimos sumergidos en una avalancha de abrumadoras realidades que le roba al espíritu los espacios para la necesaria reflexión o para el reposo. Nos rodea tal avidez por el saber, que hemos llegado a sacralizar este logro de la conciencia humana y lo hemos elevado a la sublime categoría de las razones últimas, sin pensar que es producto mismo de nuestra evolución natural. Nos abruma tanto la contundencia de sus mensajes, -mensajes que nosotros mismos hemos contribuido a elaborar-, que lucen ante nuestros ojos como productos incuestionables y perfectamente terminados, ante los cuales parece no quedar pregunta alguna por formular ni apenas una duda por resolver. Ha llegado a tal extremo nuestra adoración por el conocimiento, que parecemos olvidar que hemos sido, no obstante nuestra humana imperfección, artífices de su construcción, y nos sorprenden la redondez de sus postulados y de sus evidencias.

Vivimos desde hace casi trescientos años dominados por el influjo del paradigma de la modernidad, ya no tan nuevo, comoquiera que sus gestores, Francis Bacon, René Descartes e Isaac Newton hace mucho tiempo que ocupan el sitial de los dioses.

Bien atrás han quedado los tiempos en que los griegos, esos titanes que conquistaron la idea de república a golpes de geometría y de armonía, establecieron su propio paradigma que identificó cambio y crecimiento con decadencia y caos, y que resumieron como su objetivo, entregar a las siguientes generaciones un mundo tan exento de cambio como fuera posible. Bien sabemos de su concepción de la historia como procesos sucesivos de decadencia. Platón y Aristóteles, no obstante su épico debate, creían que el mejor orden social era aquel que experimentaba menos transformaciones; dejando sin espacio los conceptos de cambio y crecimiento continuo. Para ellos, el crecimiento no reflejaba, al fin de cuentas, un mayor orden y valor del mundo, sino precisamente lo contrario. Si la historia consistía en la constante degradación del estado de perfección original y prefijado de las esferas, entonces el estado ideal sería aquel que redujera al mínimo el proceso de decadencia. Según Hesiodo, la Edad de Oro terminó bruscamente cuando Pandora abrió la caja que contenía los males de la vida. A partir de entonces, cada edad sucesiva ha sido más dura y dura y más difícil que la precedente. La última era, según la mitología griega es la Edad de Hierro, lo que confirmaba la creencia de los pensadores del ítica, en el sentido que el mundo, si bien había sido creado por la Deidad, y por tanto era perfecto, no era inmortal. Llevaba en sí las semillas de la decadencia que la historia se ha dado a la tarea de registrar.

Pero los griegos fueron superados, y los cristianos erigieron su nuevo ícono. De la época del auge de esta nueva visión del mundo apenas nos separan unas pocas centurias y aún el influjo del espíritu medieval, llevado a su clímax alrededor del siglo XIII nos cobija con la ayuda de nuestra cómplice tolerancia y de nuestra insondable ignorancia. Solo cuarenta generaciones nos separan del mundo feudal, tanto que podemos respirar aun la atmósfera que respiraron los primeros estudiantes de Cambridge, al tiempo que construían la primera frases de un idioma inglés que hoy no podríamos comprender. Pero las ideas de la vida de aquel entonces eran bien distintas y ya distaban mucho de las que profesaron los griegos. Mas de diez siglos de prédica cristiana hicieron mutar las nociones de la historia y de la realidad. No aceptaban inmovilizar al mundo, ni se lo proponían como los griegos, para preservar el ordenamiento original, sino que entendían su paso por esta vida tan sólo como preparación para la siguiente. Y, si bien abandonaron la concepción cíclica griega, coincidieron en la noción de la historia como un proceso de decadencia. Según la visión cristiana, la historia tiene un principio, un centro y un fin bien definidos, que son la Creación, la Redención y el Juicio final, pero no creen en

una historia humana lineal conducente a un estado de perfección. Por el contrario, la inscriben en un escenario de luchas constantes contra las fuerzas del mal, que nunca cesan de sembrar el pecado y la corrupción en el mundo terrenal. Al mismo tiempo, la doctrina del pecado original excluía por completo la posibilidad de que la humanidad llegara a mejorar jamás su condición de vida. La idea de que la gente llegara a cambiar la historia era perfectamente inconcebible, porque Dios controla hasta el último acontecimiento. La historia la hace Dios, no la gente. Solo existen los mandatos de Dios que deben ser cumplidos con absoluto esscrúpulo. Al decir de Randall: para el cristiano medieval, todo había de poseer un significado, no en sí o para sí, sino para el peregrinaje del hombre, cuyo propósito único e inmutable era seguir el plan divino. No había lugar para el individuo en esta grandiosa síntesis teológica, y aun en nuestros tiempos mecanicistas, algunos se acogen a esta sagrada utopía que sin cesar ha insistido en que el objetivo del ser humano no es conseguir cosas, sino buscar su salvación, y con esta perspectiva la sociedad se objetivizó, como un todo orgánico; una especie de organismo moral sujeto a la dirección divina en el que cada persona tiene un rol predeterminado que desempeñar.

Pero la historia dejó atrás a Platón y a Aristóteles, a San Pablo, a San Agustín y a todos los gigantes del intelecto de los mundos antiguo y medieval, y nos trajo en presencia de Bacon, Descartes y Newton. Y los principios de la historia moderna plantearon el nuevo paradigma: no mas noción cíclica de la historia, no mas predestinación, no mas degradación constante! El nuevo credo afirma que la historia avanza inexorablemente en línea recta y que cada fase sucesiva representa un adelanto sobre la fase anterior. Y así, desde mediados del setecento, nuestra nueva historia avanza ávida en pos del incesante sentido del progreso, pero....hasta cuándo? Ahora ensalzamos las virtudes del cambio permanente hacia la supuesta perfección; ése es el mundo que hemos heredado y esa es la visión que nos ha iluminado desde 1750 hasta hoy, y que, -apenas trescientos años después- acusa síntomas de franca inconsistencia.

Nos aterra hoy pensar que las poderosas mentes de Bacon, Descartes, Newton, Locke y Adam Smith hubieran fallado en el planteamiento de tan apabullante paradigma. Pero es evidente que cuanto más la raza humana piensa y estudia, menos parece llegar a los niveles de perfección que los gestores de la Era de la Máquina le prefiguraron. Superados Marx y Freud, Darwin y Kant, y Hegel y Kierkegard, Erasmo y Maquiavelo, Shakespeare, Bergson y Beethoven y Borges y Spinosa y Ortega, y Einstein y

Mendel y Carnot, persisten mil preguntas como estas: A qué velocidad se mueve tal cosa?, o: Cuánto se tarda en llegar allá? Rara vez la pregunta es: Por qué voy hacia allá?, o Porqué voy tan rápido?. Poco nos interesan las respuestas durante el viaje, con tal que el viaje termine. Y en esta loca carrera, hemos ido destruyendo hasta nuestra propia sombra. Toda la arquitectura de la visión mecánica del mundo tropieza ahora con otra noción imperturbable, que nunca antes se creyó pudiera llegar a detener la alucinada maratón en pos del progreso. Ahora estamos en el deslumbrante mundo de la ciencia. Quizá convenga, entonces recordar la frase de Max Gluckman, celebrado antropólogo: una ciencia es cualquier disciplina en la que el tonto de esta generación puede llegar más allá del punto alcanzado por el genio de la generación anterior. Hoy es el tiempo de la termodinámica, de la energía y de la entropía, de la informática, de la cibernética y de la imagen virtual. Hoy es nuevamente el tiempo del tiempo inmemorial.

El pensamiento científico se enseñorea de la creación, y cada vez nos vemos sumidos en más y más complejas preguntas, así hasta que descubramos los misterios de la conciencia y de la información. Una cosa es cierta: ni siquiera con el dominio de los objetos nómadas de que nos habla Jacques Attali, hemos conseguido frenar el ímpetu destructivo del progreso. Parecemos prestar oídos sordos a sentencias populares como aquella de No se puede obtener algo a cambio de nada, versión autóctona de le Primer Principio de la Termodinámica; y menos comprendemos cuando se nos sentencia: Es inútil llorar sobre la leche derramada; sugestión popular de los dictados inexorables de la Segunda Ley.

Y, a estas alturas de esta ya larga disquisición, preguntémonos por qué esta palabrería? Sólo para llamar la atención acerca del valor agregado del conocimiento sobre los elementos de la naturaleza. Todo lo que hemos construido, y lo que hoy producimos, no es más que naturaleza agregada con productos de nuestro intelecto. Un equipo de amplificación de, digamos \$1_000.000.00, sería caro en términos de los pocos kilos de plástico, metal y arena de que esta construido. Podría decirse que nadie daría \$20.000.00 tan sólo por esos materiales, y que los \$980.000.00 restantes son el precio que hemos decidido otorgar a los productos de nuestro cerebro. A esos entes inanimados que llamamos pensamientos o saberes. Y son esos elementos los que durante estos últimos cinco años, -ustedes y nosotros, cada uno a nuestro turno-, nos hemos empeñado en cincelar. Reconozcamos que la moneda corriente de estos años finales del milenio la constituyen el saber, y la cultura como suma de

saberes. Tenemos que habituarnos al nuevo lenguaje, eso sí, sin desbordar los límites de nuestra natural avaricia. Todo lo que pensemos tendrá un valor, valor que muchos, en medio de la ceguera ancestral pretenden desconocer. Pero, importante es saber que este nuevo dinero puede también conducirnos a la desdicha, como ya lo vemos en todos los rincones, si obnubilados por su resplandor, nos convertimos en adoradores irracionales del conocimiento per sé.

Invito a esta ilustre audiencia a detenerse por unos instantes ante las páginas de la historia, para repasar la sempiterna lección de los sabios: **ningún conocimiento, por decantado que sea, superará en valor a las buenas razones, ni otorga el derecho a disponer del más elemental testimonio de vida.**

Ante nuestro prójimo, ante las maravillas de la vida y de la naturaleza, que nunca llegaremos a comprender y a sintetizar en fórmulas, debemos inclinarnos reverentes, porque en ellas están la razón y la justificación de nuestra propia existencia. Apoyemos nuestro accionar en una ética acrisolada enriquecida con las múltiples expresiones de los logros estéticos de la especie.

Para terminar, permítanme apoyar esta invitación a la reflexión, en las frases preciosas de un gran pensador del pesimismo:

Tres pasiones simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad. Estas pasiones, como grandes vendavales, me han llevado de acá para allá, por una ruta cambiante, sobre un profundo océano de angustia, hasta el borde mismo de la desesperación.

He buscado el amor porque comporta el éxtasis, un éxtasis tan grande que a menudo hubiera sacrificado el resto de mi vida por unas cuantas horas de este gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo

sin vida. Lo he buscado, en fin, porque en la unión del amor he visto, en una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas. Esto era lo que buscaba, y aunque pudiera parecer demasiado bueno para la vida humana, esto es lo que -al fin- he hallado.

Con igual pasión he buscado el conocimiento. He deseado entender el corazón de los hombres. He deseado entender por qué brillan las estrellas. Y he tratado de aprehender el poder pitagórico en virtud del cual el número domina al flujo. Algo de esto he logrado, aunque no mucho.

El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo. Pero siempre la piedad me hacía volver a la tierra. Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos que son carga ociosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor, convierten en una burla lo que debería ser la vida humana. Deseo ardientemente aliviar el mal, pero no puedo, y yo también sufro.

Esta ha sido mi vida. La he hallado digna de vivirse, y con gusto volvería a vivirla si se me ofreciese otra oportunidad.

Hoy que llegan Uds., con nuestro orgullo y con la satisfacción plena de familiares y amigos, al final de una breve pero estimulante etapa vital, los invito de todo corazón a reflexionar sobre estas hermosa líneas de Bertrand Russell, para iniciar mañana temprano la jornada de construcción para la cual sus padres y maestros los dotamos entregándoles lo mejor de nuestros esfuerzos, y de la cual se espera quede para sus hijos como herencia un mundo mejor libre de prejuicios en la medida de su empeño. Un mundo en el cual nuevamente sea posible susurrar versos, admirar el irisado plumaje de las aves y el enigmático aroma de las flores, cantar bambucos con desenfado, sonreír con optimismo y, en fin, amar al hermano con insobornable y sincera devoción.

Gracias.